

LARGAS NOCHES CON FLAVIA

NOVELA

© AMIR VALLE

Editorial Almuzara, España, 2008

213 páginas

ISBN: 9 788496 968950

(FRAGMENTOS)

1

El cuello, cercenado de un limpio navajazo; la cabeza, descolgada hacia un hombro, dejando ver la ranura sanguinolenta del tajo, justo sobre la nuez de Adán, y la sangre: grumos negruzcos y coágulos como hígados de res, tiñendo el cuerpo del muerto. Así lo recuerda Alex. Aprieta los párpados, queriendo frenar esas imágenes, pero puede ver aún los ojos abiertos, asustados, como en un espasmo, del muchacho, y aunque lo intenta no logra apartar de su memoria la cortadura en la garganta, como una boca buscando aire; la carne todavía blanquecina; el hueso de la tráquea partido exactamente donde las vértebras se unen, como si la mano asesina supiera que por allí el corte sería menos difícil.

- Sólo queda ella - dijo Alex, abriendo los ojos y mirando a la muchacha, cuando descubrió que ya Alain se había llenado hasta el último pelo de lo que en aquel lugar se veía.

Mientras duró su husmeo de sabueso viejo, con los mismos ritos que le permitían buscar en el lugar del crimen incluso la mítica aguja en el pajar, Alain estuvo observándola entre pausa y pausa, intentando comprender si ese estado de abulia, esa calma que la envolvía como en una incómoda caja de cristal, ese velo de rarísima belleza, se debía al miedo o a otra cosa que él debería averiguar. Alex le había dicho que la muchacha supo de las muertes de sus tres amigos y pareció no importarle, "o peor, Alain, me dio el mal olor de que ella sabía o imaginaba que irse con la pelona era el único final posible, el único castigo a toda la mierda en la que se metió con esos otros".

Es hermosa. Alain siempre ha sentido debilidad por las rubias y cree hasta con cierto fanatismo que Eva debió ser rubia: no puede entenderlo de otro modo. El dorado de ese pelo, de color natural, que nada tiene que ver con los tintes que cada vez más se usan en un mundo donde las mujeres no quieren ser como Dios las hizo, dota a la muchacha de un hálito sobrenatural, angelical, y su cara de rasgos muy finos, estilizada como la más perfecta de las diosas, le hace pensar que ningún hombre de verdad dejaría que una hermosura como aquella se metiera en el lodazal en el que ahora está hundida hasta el cuello.

- Nada, viejo - susurró Alain, sin darse cuenta de la máscara de perplejidad que, al no comprender lo que oía, se colgó el viejo Alex -. Los hombres vamos de capa caída.

Alex lo mandó a buscar la tarde anterior y, realmente, hundido en los preparativos del viaje de Camila a Miami, asombrado incluso de que les dieran

la visa a ella y al niño en la Oficina de Intereses de Estados Unidos, casi un milagro, no tuvo tiempo para recordar que el viejo le había pedido, por favor, "que se llegue hasta acá urgente, que es cosa de vida o muerte". Aún, horas antes del vuelo, tuvieron que cerrar un par de gestiones con funcionarios de la Cruz Roja y con un poderoso amigo del Departamento de Inmigración y Extranjería, a quienes Camila mucho les agradecía por haber logrado que Cuba le diera el permiso de salida a un niño, algo que sólo sucedía para salidas definitivas. Todavía cuando tuvo delante a Joaquín, el mensajero de Alex, siempre en su bicicleta Turbo azul oscura, parado del otro lado de la verja y tocando el timbre con evidente desespero, Alain sentía hervirle en la sangre la molestia de haber descubierto que vivía en su país como si fuera un preso, "que da vergüenza que uno tenga que pedir permiso para salir y entrar a su casa con este gobierno de mierda", maldecía Camila, siempre que hacía el cuento a sus amigas de todos los inventos y hasta fraudes que tuvieron que hacer para que Camilito viajara con ella "y que el abuelo conozca a su único nieto antes de morirse".

- Es que esto de la visita de Camila al Norte me tiene virado al revés, viejo - se disculpó, una vez que tuvo al negro Alex delante, sentado en su butaca de patriarca en aquella casona, una especie de poltrona desde la cual regía los destinos ocultos, los recovecos secretos de la sobrevida marginal en Centro Habana.

La Habana Vieja le debía a Eusebio Leal, el historiador, que el casco histórico estuviera renaciendo como el Ave Fénix de entre sus propias ruinas y escombros, pero más le debía más a ese negro viejo. Alex Varga, ex detective en los tiempos de la dictadura de Batista y del mandato de los capos yanquis sobre esta islita, convertido hoy en una especie de cacique de la marginalidad, era quien regenteaba y ajustaba a los nuevos tiempos las leyes que permitían la supervivencia de la gente de los barrios bajos en una sociedad que apenas se ocupaba de ellos, salvo cuando necesitaba engrosar las filas de las marchas por el socialismo, cada vez más frecuentes y más jodedoras, "si dieran dinero por cada marcha, seríamos el país más rico de la galaxia, mi amor", decía Alain, molesto, a Camila, cuando la observaba preparando la mochila para una nueva concentración: curitas, servilletas de papel, agua hervida, paracetamol por si le dolía la cabeza, pequeños tacos de algodón para los oídos que la aliviaban del bullicio, y otras cosas que hacían más soportable el fastidio de "la molotera y la peste y la gritería, Alain, porque son voluntarias, pero, ya sabes, si no voy me aplican la Ley de Idoneidad. Conclusiones: no soy idónea para mi trabajo y paticas a la calle. Y de esos dolaritos de propina que gano en el hotel comemos en esta casa, ¿se te olvidó?".

Tenía razón: él y Camila odiaban el gentío, preferían la soledad, el cálido refugio de su casa, y no entendían la capacidad del cubano, casi sanguínea, innata, de formar y andar en manadas, como las reses, pero no dejaba de reconocerlo: vivían por encima del nivel de eso que los sociólogos llamaban "el ciudadano medio" gracias a los dólares que ella ganaba día a día como carpetera en uno de los hoteles más cotizados de Miramar, porque su salario como policía tenía el don de la invisibilidad: sólo lo veía cuando la cajera se lo contaba ante sus ojos, en el departamento de economía... después, "¡puff!, el muy cabrón se esfuma sin darme cuenta de en qué carajo lo gastamos", solía decirle a Camila.

- Y ella, ¿recurva? - los ojos viejos de aquel negro que ya formaba parte de su familia lo miraban con una fijeza extraña.

Alain hizo un gesto de no comprender y Alex se sonrió.

- Que si Camila regresa, hombre. Que si no se va a quedar allá con los suyos.

- No, viejo - dijo -. La cosa cada vez se pone más cabrona en esta islita, pero sí, ella vira. Los dos sabemos que Estados Unidos no es el sitio en que queremos que Camilito se críe.

Alain lo vio asentir, aprobando la decisión, y sólo entonces descubrió a la muchacha, sentada en una de las butacas, al fondo, como hundida en la esponja que rellena los cojines del mueble. "Parece un ángel", pensó.

- Parece un ángel - dijo, mirando a Alex y señalando con un movimiento de cabeza -. ¿Quién es?

- La culpable de que estés aquí, a estas horas. ¿Todavía estás de vacaciones?

Pidió un mes de vacaciones al saber que en la Oficina de Intereses de los Estados Unidos le dieron la visa a Camila. Llevaban gastado un dineral en todos los papeles, y sólo cuando lo sufrió en su propia carne, o mejor, en su propio dinero, comprendió a todos esos que escuchaba como seres raros, locos y lejanos, en las colas y en la calle, quejándose de que para ir de visita al Norte, aunque fuera por quince días, lo más conveniente era asaltar un banco. "En definitiva, al final de todo, te asaltan los de la Oficina de Intereses y los de Inmigración: un robo a mano armada, porque aquí te cobran como si en este país el dólar creciera igual que la mierda de perro o los escombros, que están por todas partes", había escuchado una vez a una viejecita, que le pareció inofensiva y maternal, de ojos muy dulces y cansados... hasta que abrió la boca.

- Me quedan quince días - contestó -. Camila se va el sábado y después, a lo mejor, me incorporo a la Unidad. Me aburro mucho en la casa.

Alex le hizo una seña para que se sentara y Alain, acostumbrado a las cosas del viejo, se preparó para algo grande: cuando aquel negro lo manda a buscar y le pide que se siente es porque el asunto es bien largo, complejo, generalmente algún caso que deberá resolver. La última vez que estuvo sentado en ese sillón en el que ahora hunde sus posaderas fue precisamente cuando el viejo Alex le pidió que resolviera la muerte de su hija Patty junto a un chulo homosexual apodado Cristo. Aquel casito había tenido un final de thriller, pero le resultó inusual dentro de su carrera como policía: se vio obligado a obrar sin que sus colegas de la Unidad se enteraran. Al final, Cristo y Patty fueron enterrados como si todo hubiera sido un accidente: tal era el poder de Alex en aquellos barrios.

- ¿Otro caso raro, viejo? - quiso anticiparse, pero la mano de Alex lo detuvo.

- Sólo un favor, Alain - pidió y señaló hacia la muchacha -. Necesito que la cuides.

Estaba en peligro. Tenía razones para creer que la vida de aquella muchacha no duraría un día más si no se tomaban con ella medidas extremas, y aún así ni él, Alex Varga, podía ofrecerle seguridad: el ataque parecía venir de lugares que tenían muchísimo más poder y alcance del que poseía el viejo. Se confesaba impotente ante la certeza de los hechos. Por eso acudió a él: quizás, como policía, operando en un medio distinto al de aquellos barrios, Alain podría encontrar alguna variante que preservara con vida a la rubita.

- Eran cuatro, Alain - le explicó, bajando la voz, como intentando que ella no lo escuchara -. Eran cuatro españoles, tres hombres y ella. Los otros tres han sido evaporados.

- ¿Evaporados?

- Los mataron, Alain - dijo, y volvió a recostarse en su butaca -. Aparecieron degollados y sin un solo papel que los identificara. Para colmo, le quemaron las yemas de los dedos y le chamuscaron la cara con un soplete o algo así. Eso, acá en el barrio, se llama "evaporar".

Era cierto. A no ser que alguien denunciara la desaparición y diera datos para poder reconocer el cuerpo, sería imposible saber quiénes eran los muertos. En los últimos años, especialmente desde que el asunto de las drogas y la prostitución fue cogiendo fuerza, habían aparecido algunos muertos "evaporados" y la verdad era

que la policía se desconcertaba. Si no recuerda mal, Alain cree que en varios de aquellos casos el expediente se cerró y se archivó sin solución alguna.

- Ya enterramos dos muertos - precisó Alex -. En unos minutos vendrán a buscarnos para llevarte adonde apareció el tercero. ¿Ya entiendes?: No quiero tener que enterrarla a ella.

No comprendía el interés del viejo en el asunto, pero asintió. Había aprendido a seguirle la corriente, convencido de que nada ganaría con forzar una explicación: en su momento, el negro abriría todas las compuertas y las explicaciones llegarían como las aguas de una presa: turbias, pero evidentes.

- Los cuatro vinieron a verme hace una semana - siguió diciendo el viejo. La muchacha pareció escuchar algo y levantó la cabeza. Alex volvió a bajar la voz y se adelantó para acercarse a Alain -. Me pidieron ayuda. Sabían que si yo no les tiraba un cabo, no saldrían vivos de Cuba.

Querían que los escondiera hasta que llegara la hora del vuelo a España. Alex estuvo de acuerdo y los había mandado a tres de sus escondites preferidos, seguro de que allí nadie los encontraría. Pero, confesaba, nada salió como había planificado.

- El hombre tiene más poder del que yo mismo imaginé - dijo.

- ¿El hombre?

- Don Leone.

No era la primera vez que Alain escuchaba aquel nombre. Le pareció recordar que había sido en alguno de los informes de sus colegas de la sección de drogas, durante las reuniones mensuales de análisis de la delincuencia, pero no estaba seguro. Se dijo que no le sería muy difícil averiguar: Fabricio, un pedazo de pan con patas, de los que estudiaron con él, era el jefe de uno de los grupos encargados de perseguir e incautar algo de la bien abundante variedad de droga que se vendía en la ciudad.

"Es casi un mito", le había comentado hacía mucho tiempo el propio Fabricio en una de aquellas reuniones mensuales entre los diferentes departamentos de la policía en la ciudad. "Unos dicen que son varios tipos; otros aseguran que, por el modo en que se escabulle, debe haber sido algún pincho y que mantiene contactos a todos los niveles", y hasta algunos daban fe de que se trataba de una mujer. Lo único cierto era que en todas las redadas atrapaban a sus gentes, pero Leone se escabullía, "como una víbora herida", se escondía varios meses, y luego volvía a escucharse su nombre, sin que nadie hubiera logrado ubicar su guarida ni una sola vez. Las historias sobre el alcance de sus poderes, según contaban quienes trabajaron para él y eran apresados, se hacían cada vez más inverosímiles, casi alucinantes. Pero "la verdad es que sigue ahí, y se ha burlado de nosotros por más de quince años", dijo Fabricio.

- ¿Y qué hay entre esos muchachos y el Leone ese? - quiso precisar Alain, aunque su intuición le indicaba una luz en el camino.

- Son mulas - contestó Alex.

- ¿Mulas? ¿Los que cargan la droga en el cuerpo?

- A ella se la ponían allá abajo... tú sabes... - precisó el negro y miró a la muchacha -. A los otros tres, en el culo.